

cristiano, siempre que haya de ajustarse en sus menores detalles á la norma perfectísima de la ley evangélica, ley de sangre que condena á muerte toda afección desordenada, y toda condescendencia con la naturaleza corrompida. *No penséis*, dice el Salvador del mundo, *que vine á poner paz mundana en la tierra; no he venido sino á traer cuchillo y división, levantando guerra entre padres é hijos, deudos y amigos, porque los mayores enemigos son los domésticos... y el que no carga con su cruz no es digno de mí*¹. ¿Qué fortaleza no se necesita para sostener estas lides cuyo campo está dentro de nosotros mismos, habiendo de combatir con afectos y pasiones que radican en nuestro mismo corazón, sin contar los aguerridos batallones de exteriores enemigos, visibles é invisibles? De aquí es que la fortaleza, virtud cardinal, cuyo objeto directo es moderar los temores y pasiones del apetito que llaman irascible², tiene por naturales auxiliares otras cuatro virtudes, cuya jurisdicción domina un campo inmenso en la vida humana, cuales son la paciencia, la mansedumbre, la magnanimidad y la constancia. Preciso es al varón fuerte, ora sufrir sin abatimiento ni desesperación los trabajos, ora refrenar los ímpetus de la ira; ya emprender y llevar adelante grandes empresas de la gloria de Dios y bienestar de los hombres, ya perseverar constante hasta dar cima á las obras comenzadas. Y ¿de dónde espera recibir el hombrecillo débil esta fortaleza heroica, que le haga magnánimo y paciente, manso y constante en todas las contrariedades y peligros, sino de aquel divino Sacramento que es llamado en la Escritura *manjar escogido*, fruto del árbol de la vida, y maná que hace inmortal

¹ Matth. 10, 34 sqq.

² S. Thom., S. th. 1, 2, q. 56.

al que lo gusta?¹ «Si te amedrenta la furia del demonio y la terribilidad de sus tentaciones, diré con un piadoso autor á cualquier alma desalentada, come este maná que quita los temores, esfuerza á los pusilánimes y da grande ánimo en los peligros; y, si te combaten las pasiones de la sensualidad desenfrenada, come este maná que debilita estos bríos y apaga estos ardores, para que prevalezca el espíritu, y quede por suya esta victoria.»²

8. ¿Por qué, pues, lo que pareciera imposible, hay en el pueblo cristiano tantas almas débiles, cobardes y enfermizas? ¿No pudiera aplicársenos la dura corrección que dirigía el Apóstol á los tibios cristianos de Corinto: *Hay entre vosotros muchos enfermos y flacos, y adormecidos muchos*³? ¿No es general en el día la queja, demasiado fundada, de la falta de energía en los caracteres, de no sé qué especie de anemia de la voluntad, que está consumiendo la sociedad en lo moral, como la anemia física la diezma en lo material? Y ¿á qué debe atribuirse esta enfermedad de muerte, sino al abuso que reprende el mismo Apóstol, diciendo: *Iam non est dominicam cœnam manducare. No se reúnen ya los cristianos á celebrar la Cena del Señor*⁴? Alejados los hombres de nuestros tiempos, por lamentable indiferencia ó por sistema irreligioso, del sagrado banquete eucarístico, hasta en la época reglamentada por la autoridad de la Iglesia, han perdido, como era consiguiente, la solidez de los principios cristianos, han cegado las fuentes de sobrenatural energía, que sólo pueden engendrar las sólidas virtudes cristianas, creadas por el influjo de

¹ Io. 6, 59.

² La Puente, trat. 4 del SS. Sacram. cap. 4.

³ I Cor. 11, 30.

⁴ Ibid.

un alimento celestial. ¿No ha dicho terminantemente el Salvador: *Sin mí nada podéis hacer*¹; y: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros*²? ¿Qué extraño, pues, que perezcan de inanición para el bien los que voluntariamente se alejan de la Eucaristía? Y lo peor es que, hastiadas del sólido manjar, se han entregado esas almas desgraciadas á los excesos de una sensualidad enervante que no hace más que extinguir en ellas hasta el último resto de viril energía, si alguna pudiera quedarles, merced á un temple de ánimo privilegiado. ¡Ah! ¡si en vez de correr tras placeres falaces, frívolos y torpes, probaran una gota siquiera del cáliz de la divina Eucaristía! Y en verdad ¿dónde puede encontrarse dulzura mayor que en este celestial banquete?

II.

9. «¡Oh! ¡qué suavidad, Señor, la de tu espíritu, que, para mostrar á tus hijos tu dulzura, hinchas de bienes á los que padecen hambre, dándoles á comer el Pan suavísimo bajado del cielo, dejando ayunos á los ricos que la desdeñan!»³ Verdaderamente, almas cristianas que lo habéis gustado tantas veces, *es rico y deleitoso el Pan de Cristo, y capaz de hacer las delicias de los reyes*⁴. Pero ¿qué género de delicias? ¿Las del sentido? ¿las que llamáis dulzuras de un corazón apasionado por la criatura, las cuales, en resumen, no son más que placeres de una sensualidad refinada? ¡Ah! mil veces no... No busquéis aquí sensuales atractivos, donde todo es espiritual y puro.... Para las almas mundanas, las que

¹ 1 Io. 15, 5.² Ibid. 6, 54.³ Eccl. in offic. SS. Sacram.⁴ Gen. 49, 20.

María en su cántico llama «ricas» por antífrasis, para los míseros hartos de deleites y nunca satisfechos, la sagrada Eucaristía no tiene más encantos que el mismo cielo...; para ellos el paraíso es la vida de un momento, por consiguiente el vacío. *Dejólos ayunos*. No así para las almas nobles, de aspiraciones elevadas, despreciadoras del placer, las cuales saben apreciar y gustar la suavidad de los goces del espíritu. ¡Dichosas almas, cuyo número, por desgracia, va disminuyendo cada día, á proporción que se multiplican los pasatiempos en que se apacienta la imaginación y los sentidos! El teatro con sus brillantes espectáculos, aunque no fuesen nunca reprobados por la severa moral cristiana, el salón con sus báquicos festines, el baile á la moderna y todo ese programa de fiestas y diversiones que preocupa las generaciones actuales, principalmente á la juventud que parece no sueña sino con el placer, ¿qué lugar han de dejar en el alma para sentir las inefables pero místicas delicias del altar? Desengañaos: no es posible gustar á la vez las dulzuras del espíritu y las de los sentidos, las del mundo y las del Tabernáculo de Cristo¹.

10. Por lo que hace á las almas para quienes la piedad es la única delicia sobre la tierra, ellas encuentran reunidos todos los deleites celestiales en la Mesa eucarística, como los hallaban en el maná del desierto los buenos israelitas, que percibían en él la dulzura de todos los sabores². Y ¿cómo puede ser de otra manera, si la Eucaristía contiene al mismo Dios, fuente de toda suavidad, como de todo bien; si contiene á Jesucristo, dulce por excelencia, y la misma *dulzura de los cora-*

¹ *Quae conventio Christi ad Belial?* (2 Cor. 6, 15.)² *Omne delectamentum* (Sap. 16, 20).

zones: *dulcedo cordium*¹? De ahí que todas las potencias del alma, capaces de experimentar algún placer, lo experimenten vivísimo en la sagrada comunión: la memoria con mil dulcísimos recuerdos, hasta con el de sus ya perdonados extravíos; la fantasía que sueña con el cielo, mejor dicho, no sueña, sino que lo disfruta anticipado; la inteligencia que se abisma en el piélago de la grandeza y sabiduría divinas, y tanto más goza cuanto más se ensancha á su vista el horizonte de la verdad investigable; la voluntad que se embriaga en aquella unión inefable con el amado de su corazón, y no sabe sino suspirar: *¡Dios de mi corazón... Dios mío para toda la eternidad!*² Y es tanta la abundancia y el impetuoso torrente de las delicias eucarísticas, que, rompiendo los diques de las potencias interiores, salta hasta inundar los sentidos, cautivándolos y adormeciéndolos con dulzura que excede á todas las fruiciones materiales³. Y estas delicias inefables no están exclusivamente reservadas á la participación de la sagrada Mesa, aunque en ninguna parte se gozan más de lleno que en la comunión; participan de ellas también, á medida de la fe y el amor, cuantos se acercan al Dios sacramentado para adorarle y visitarle en el altar, donde reside como en trono de amor y de misericordia. Por eso puede el piadoso creyente, mejor todavía que el devotísimo David delante del tabernáculo, exclamar: *¡Qué deliciosos son para mí tus templos, Señor de las virtudes! Desfallece el alma mía abrasada de amor al pie de tus altares*⁴. ¿No lo habéis probado en estos mismos días, viniendo á depositar los deseos de vuestro

¹ Hymn. Eccl. in fest. SS. Nom. Iesu.

² Ps. 72, 20. ³ Ps. 83, 3. ⁴ Ps. 83, 2.

corazón, vuestras penas al par que vuestras alegrías, á los pies de Jesús sacramentado? Disfruten en buena hora los corazones estragados, de sus torpes y corruptores placeres, corran tras la vanidad de sus frívolos pasatiempos los mundanos, gocen los que nadan en un mar de riquezas, de esos bienes perecederos que no pueden poseerse sin punzantes inquietudes: nosotros, adoradores de la Eucaristía y commensales de Jesucristo, nada tenemos que envidiarles, *porque vale más un día en tu presencia, oh Dios de toda consolación, que mil años disipados en los palacios de los pecadores*¹.

11. ¿Qué linaje de consolación no se saborea al pie del sagrado tabernáculo, en la intimidad de Jesús sacramentado? Todas las dulzuras de que es capaz el humano corazón: allí la dulzura de la reconciliación ó de la amistad recuperada, allí los encantos de la soledad, tan apacible para el alma hostigada del tráfago del mundo, y allí también la suavidad de una conversación más dulce que la miel, como la de Jesús que llega al espíritu á manera de aura suave y perfumada: allí, por acabar, la dulzura del amor satisfecho y de las risueñas perspectivas... Con razón se regalaba el Real Profeta con este cáliz delicioso: *¡Qué rico es el cáliz que me embriaga santamente!*² «Verdaderamente, dice el melifluo San Bernardo³, por servir á Dios no perdemos los consuelos, sino que trocamos los de la carne por los del espíritu, recibiendo un maná dulcísimo pero escondido, porque no se gusta sino en lo secreto del corazón»... Y ¿no es dentro de éste donde se gozan los placeres verdaderos?

¹ Ps. 83, 11.

² Calix meus inebrians quam præclarus est (Ps. 22, 5).

³ Apud *La Puente*, trat. 4 del SS. Sacram. cap. 2.

12. Terminemos por donde comenzó este discurso: volvamos al sitio del sagrado banquete. ¡Qué nuevas delicias nos ofrece por este aspecto la venerable Eucaristía! Cristo abre de par en par las puertas de su palacio, convidando á todos los hombres á sentarse á su mesa en que *todo está preparado*¹ para satisfacer á todos: *Venid y gustad... tomad y bebed todos*². ¡Ved, pues, reunida á la mesa de Cristo toda la familia cristiana como en los días clásicos del hogar; y no sólo asisten á ella los viadores para proveerse de viático de la eternidad, sino que bajan también á acompañar y festejar á los moradores de la tierra los ángeles del cielo y les dicen: «No tenéis por qué envidiarnos, pues gozáis del mismo alimento que nosotros.» Lo sabemos, sí, carísimos hermanos, lo sabemos por la fe de la presencia real de Cristo Dios en la Eucaristía; y, sin embargo, ¡son tan muertos nuestros deseos, es tan frío nuestro corazón para este manjar suavísimo! ¡Cuántos hay que, como los ingratos israelitas, lo desdeñan, y no se acercan jamás á recibirle! ¡cuántos, que le reciben con espantosa tibieza! ¡cuántos, en fin, que le profanan sepultándole en un pecho criminal, sepulcro henchido de corrupción! Acerquémonos á Jesucristo que, como madre tierna, quiere alimentarnos con su propia sangre; pero acerquémonos con viva fe, con abrasado corazón, con labios puros, y hallaremos, mejor que Sansón en el desierto³, riquísimo panal de miel, que nos hará gustar anticipadamente las dulzuras que Dios nos tiene reservadas en el festín eterno de la gloria. Así sea.

¹ Matth. 22, 4.² Ibid. 24, 27.³ Iud. 14, 8.

SERMÓN OCTAVO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

La adoración reparadora del SS. Sacramento.

Venite, adoremus et procidamus [ante Deum].
Venid, adoremosle y prosternémonos delante
de Dios.

Ps. 94, 6.

1. Un Dios oculto en nuestros sagrados tabernáculos, velando día y noche por amor á sus queridos hijos, como la tierna y abnegada madre vela y se desvela por sus pequeñuelos, no podría menos de atraer por millares los adoradores de su majestad, los amantes y reconocidos corazones, en quienes la llama de la gratitud no se hubiese extinguido totalmente. Esto, que á primera vista ocurre como tan razonable tributo de amor á Jesucristo en el trono de su ternura, no es, sin embargo, carísimos hermanos, lo que en realidad sucede. Por la más triste desventura, la gratitud no abunda sobre la tierra, y todavía menos respecto de Aquél para con quien nunca debiera menguar, para con el amable Jesús sacramentado. La soledad de Jesucristo durante largas horas del día y de la noche es un hecho lamentable, al cual ha querido ocurrir la piedad acendrada de un buen número de almas fervorosas, lastimadas en lo vivo por la ingratitud de que es objeto el Salvador; y á este efecto, agrupándose al pie de los altares, han jurado no desamparar del todo al divino Prisionero del Sagrario, venir con la mayor frecuencia á visitarle, no ya por brevísimos instantes, sino por todo el tiempo que les fuere permitido consagrar á tan dulce como santa ocupación. ¡Bendito pensamiento, lleno de amor y de justicia, el que ha fundado en la Iglesia católica la institución llamada de la *Adoración perpetua* enriquecida con tesoros